



La riqueza petrolera confiere a Venezuela un papel especial: USA necesita ese petróleo.

VENEZUELA, VISPERA DE ELECCIONES

La historia política de Venezuela, un hermoso país, de gente muy cordial y hospitalaria, fue, como la de tantos países después de su independencia, una sucesión de dictaduras, cuartelazos y períodos de violencia. Gómez fue el dictador que gobernó más de un cuarto de siglo, metida su residencia en Maracay, ciudad de cuarteles situada a una hora de coche de Caracas. Tras la muerte de Gómez —feroz con sus enemigos, escuela de dictadura aprendida y latente en muchos políticos posteriores—, Venezuela entra en una etapa de esperanzas y sobresaltos, de la que van siendo nombres definitivos López Contreras, Medina Angarita, Rómulo Gallegos y Pérez Jiménez.

La libertad, con Medina Angarita, y el decoro, con Rómulo Gallegos, cruzaron fugazmente Venezuela como aves de otras tierras en su vuelo, y volvieron las bestias del terror a levantar sus patas y sus pelos. La noche parturienta lo parió: Pérez Jiménez se llamó el murciélago.

escribía Neruda.

A Medina Angarita, el instaurador de la democracia venezolana,

lo había derribado un golpe en el que andaban a medias un grupo de militares —con Pérez Jiménez y Chalbaud a la cabeza— y los de Acción Democrática, con Rómulo Betancourt, fundador del partido, y el otro Rómulo, el novelista Rómulo Gallegos, de figurón de prestigio. No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que Pérez Jiménez diera al golpe un nuevo retoque y los de Acción Democrática —los «ade-

cos» como aquí se les llama— dejaran el poder por las cárceles, la conspiración o el destierro.

De los años de Pérez Jiménez se guarda en Caracas el recuerdo que dejan todos los fascismos. Arbitrariedades, represión policial, encanallamiento de aduladores, y, cómo no, la exaltación de idealismos ambiguos y grandilocuentes —la Idea Nacional—, la construcción de algunas obras públicas colosalistas y un desarrollismo que benefició materialmente a ciertos sectores populares. Para el que callaba y decía a todo amén, la época fue más que soportable. Para

el que no se conformaba con las nuevas autopistas, el estadio o el aeropuerto, la cosa era distinta.

La lucha contra Pérez Jiménez fue difícil y cruenta. Participaron en ella los «adecos» y una serie de grupos de izquierda, unidos en el odio común a la tiranía. Así hasta que, en 1958, se acabó el Gobierno de Pérez Jiménez, que pudo escapar mientras saqueaban su casa y se abrían las cárceles.

JOSE MONLEON

En el 59, las primeras elecciones tras la caída de Pérez Jiménez las ganó, lógicamente, Acción Democrática, y Rómulo Betancourt, líder del partido, fue nombrado Presidente. Los años de su mandato fueron decepcionantes para la izquierda. La actitud del nuevo Presidente —que en su juventud había pertenecido al partido comunista de Costa Rica— fue implacable con quienes habían sido sus aliados en el enfrentamiento con la dictadura. De Rómulo Betancourt empezó a decirse lo mismo que luego se ha dicho del puertorriqueño Luis Muñoz Marín, el fundador

del Estado Libre Asociado. Hombres nacidos políticamente bajo el signo político de la izquierda, acabaron pactando con las oligarquías parnorteamericanas, contribuyendo a la creación de unos sistemas que, si bien eliminan las formas tradicionales de la tiranía y establecen el «gobierno representativo», no aminoran la explotación económica de las clases populares. La imagen de Rómulo Betancourt se remodeló, y del mismo partido se fueron desgajando sus ramas de la izquierda.

En el 64, cumplido el período presidencial, hubo nuevas elecciones, que otra vez ganó la Acción Democrática. El nominado fue Raúl Leoni, mientras Betancourt, mal visto por una parte de su propio partido, se exilió y abandonó toda actividad política. El «leonismo» era sólo una parte de la AD, y, a poco de aquel 64, la Democracia Cristiana (COPEI), con Caldera de figura prepotente y muchos ex «adecos» en sus filas, era ya una importantísima fuerza política.

Cuando llegaron las elecciones del 68, la imagen de la AD era ya decididamente derechista. Las etapas de Betancourt y Leoni se habían caracterizado por su fuerte tono represivo. Varios partidos de la izquierda habían sido colocados fue-

VENEZUELA, VISPERA DE ELECCIONES

ra de la ley, y un ministro del Interior, Carlos Pérez Andrés, había destacado por la dureza de su política. Se hablaba de guerrilleros lanzados desde helicópteros, de las torturas y «desapariciones» en los campos antiguerrilleros, del asesinato del profesor Llovera, cuyo maltratado cadáver se encontró a muchos kilómetros de Caracas...

El COPEI, con Rafael Caldera, ganó las elecciones. Puso inmediatamente en marcha una política de «pacificación». El nuevo ministro del Interior, Lorenzo Fernández, amnistió a los guerrilleros que depositaron las armas, volvieron a la legalidad los partidos de izquierda prohibidos, se legitimó una auténtica libertad de expresión, se hicieron aproximaciones diplomáticas a Cuba...

En el orden económico, la oligarquía fue respetada y el número de marginados y miserables no decreció; también la represión se mantuvo, pero en términos mucho más suaves, en parte porque la política del COPEI era más abierta que la de Acción Democrática, en parte porque, tras la muerte del «Che» y la subida al poder de la Unidad Popular en Chile, la «via armada» fue abandonada por una buena parte de las fuerzas revolucionarias...

Ahora, el próximo 9 de diciembre, Acción Democrática y COPEI volverán a enfrentarse como grandes partidos de la burguesía venezolana. Carlos Andrés Pérez y Lorenzo Fernández, los ya citados ministros del Interior, son los candidatos. La victoria de uno u otro supondrá, esencialmente, la continuidad del actual sistema: una democracia representativa, con libertades políticas y derecho a expresar cualquier opinión, grandes negocios en pocas manos, dependencia económica de los Estados Unidos y elevada cifra de marginados y de obreros con bajo salario.

Esse hombre si camina

Todos los muros de Caracas están decorados por la campaña electoral. Cada candidato tiene su frase y su color, esto último para facilitar el voto de los analfabetos. Votar blanco es votar por AD. Votar verde, por COPEI. Votar rojo, por Nueva Fuerza, etcétera.

Cada candidato o cada partido tienen también su «slogan». Lorenzo —a los candidatos se les llama sólo con el nombre, como si fueran amigos de toda la vida—, con su cara bonachona, de padre en día de cumpleaños, es el «Presidente amigo». Carlos Andrés, que promete «democracia con energía», es el «hombre que camina», aunque en algunas fotos de la campaña más que caminar, vuela.

(Ana Palacios, novelista venezolana, mujer inteligente y de vuelta de muchas cosas, me decía: «Mon-

león, a ese Carlos Andrés no hay quien le siga. Parece Nijinsky. Los «adecos» tendrán que hacer mucha gimnasia para poder acompañarle».)

La teoría de Carlos Andrés parece clara. América Latina vive tiempos de confusión. En la mayor parte de los países, el golpe militar ha cerrado el paso a la alternativa socialista. Sólo una «democracia con energía» puede evitar que se plantee el dilema entre socialismo y fascismo. Y él, Carlos Andrés, hombre que procede de un medio popular, que está encuadrado en la AD desde hace tiempo,

política de segundo plano, hace en «El Nacional»:

«Todos hemos escuchado una cuña radial donde Carlos Andrés afirma que la rebeldía estudiantil se debe al pésimo sistema educacional existente en el país. ¿Es siquiera admisible que los «adecos» critiquen un sistema educacional que es obra de ellos? Y es más, ¿cómo puede Carlos Andrés simpatizar con la «rebeldía estudiantil», si fue precisamente esa rebeldía la que con más saña combatió en el poder? En otra cuña, el candidato de AD habla de la «inseguridad» de los hogares, de los pa-

los días. Ni siquiera los parlamentarios gozaban de inmunidad. Nuestras casas eran allanadas con frecuencia. Hasta en los homicidios del Congreso éramos atacados por unas barras integradas por policías que, cuando no nos atacaban a balazos en las calles, nos aturdirían a gritos y nos cubrían de ofensas mientras hablábamos. Varios partidos fueron sometidos a la ilegalidad. Miles de dirigentes vivían en la clandestinidad. Las cárceles estaban atestadas de presos políticos. Las intenciones golpistas menudeaban. Es decir, que la Venezuela de hoy es un paraíso comparada con esa que nos ofrecieron los «adecos» como su obra maestra».

Pese a esta evocación, la campaña de Carlos Andrés tiene todo el triunfalismo de quien da por segura la victoria.

El Presidente amigo

Carlos Andrés reta una y otra vez a Lorenzo para que sostenga una confrontación ante las cámaras de televisión. Lorenzo se niega, y Carlos Andrés publica anuncios a toda página en los que denuncia el temor de su contrincante. En realidad son dos maneras de jugar la partida. Carlos Andrés subraya en todas partes su dinamismo casi agresivo, como de quien va a llegar, lo va a poner todo patas arriba y va a resolver lo que ahora anda perdido en devaneos politiqueros. Lorenzo, en cambio, asume la imagen del sosiego, de la prosperidad sin sobresaltos, subrayada por toda la cadena de inauguraciones que Caldera, su correligionario y actual Presidente, ha dejado para las semanas precedentes a las elecciones. Así que, mientras Carlos Andrés ataca la debilidad de COPEI y los partidos de izquierda y de extrema derecha atacan por igual a COPEI y a AD como expresiones del actual sistema económico-político, Lorenzo, sin inmutarse, promete que aumentarán las posibilidades de educación, que el Gobierno seguirá construyendo viviendas, que nada debe turbar la continuidad de la democracia representativa, defendida por la Democracia Cristiana sin grandes gestos y en el grado de libertad que prueba la actual campaña electoral.

¿Qué hacemos con los pobres?

Todos, todos los partidos centran la campaña sobre la necesidad de transformar la realidad socioeconómica venezolana, acabando con los pobres y los marginados. Si la miseria no fuera una cosa tan amarga, sería como para ponerse a reír. Porque nadie puede entender cómo existe la miseria si ésta duele tanto a la oligarquía y a la



Cuando en 1968 el COPEI —democracia cristiana— ganó las elecciones, su líder, Rafael Caldera, puso en marcha una política de «pacificación».

que goza de la confianza del retirado Rómulo Betancourt y que ha probado la fortaleza de su carácter en varios puestos de responsabilidad, es el único capaz de mantener el «status» democrático.

Para Carlos Andrés, el Gobierno del COPEI es un Gobierno débil, que incluso llega a mirar con simpatía al régimen cubano. Si él es nombrado Presidente, acabará con esas ambigüedades. La relación con USA se fortalecerá, el Gobierno «será más técnico que político», la oligarquía seguirá protegida y el concepto del orden será, por tanto, más estricto.

Nada mejor para entender la campaña de Carlos Andrés que el comentario que Jorge Dager, figura

de familia: ¿acaso el pueblo venezolano podrá olvidar que nunca como en el decenio «adeco» fue tan grande la violencia ni tan terrible la inseguridad social? El país estaba infestado de delincuentes comunes, que actuaban casi impunemente, pues la Policía apenas si era suficiente para perseguir a los políticos de la oposición. Las guerrillas urbanas y rurales eran tan abundantes, que mucha gente hasta llegó a pensar que se trataba de una estratagema «adeco». Los secuestros, los actos terroristas, los asaltos a Bancos y otras manifestaciones semejantes estaban a la orden del día. La Constitución era prácticamente un adorno, pues las garantías se suspendían todos



De los años de Pérez Jiménez se guarda en Caracas el recuerdo que dejan todos los fascismos: arbitrariedades, represión política, exaltación de idealismos ambiguos y grandilocuentes... En la foto, Pérez Jiménez, con gafas, durante el juicio a que fue sometido por «crímenes financieros».

burguesía del país. Carlos Andrés habla de la necesidad de hacer un «pacto con los pobres». Lorenzo parece un padre verdaderamente angustiado por las condiciones de vida de sus hijos menos afortunados. También en la ultraderecha el tema de las «reivindicaciones populares» es el caballo de batalla. Pedro Tinoco, ligado como profesional a varias firmas norteamericanas, promete un desarrollo, que califica de «política del siglo XX», que acabará con la pobreza. Pérez Jiménez cuenta también con el pueblo para acabar con la actual oligarquía dominante. Y Jovito Villalba, un curioso personaje, viejo luchador, caudillo de un movimiento —la URD— en el que sólo Jovito cree, adorna metros y metros de pared con su «Levántate, pueblo».

El paciente es, pues, el mismo. Y cada uno dice tener su medicina para curarlo.

En este sentido, la inmoralidad del juego electoral, la puesta en marcha de promesas que luego no se cumplirán, es evidente. La desaparición de la miseria y de la marginación exigiría serias transformaciones socio-económicas que difícilmente van a hacer quienes habrían de resultar fuertemente perjudicados. Sin embargo, los representantes de la alta burguesía, después de quince años de permanencia en el poder —entre «adecos» y «copeyanos»—, hablan como si las elecciones del próximo diciembre hubieran de marcar el comienzo de una nueva época.

El hecho concreto es que, en pocos años, Venezuela ha triplicado su población, ha multiplicado por cuarenta su presupuesto nacional y ha reducido el nivel sanitario, cultural y educacional. Al menos, esto es lo que leo en una información con visos de objetiva en «El Nacional», el gran diario caraqueño, quizá el mejor periódico

en lengua castellana que hoy se publica en el mundo.

¿Y Chile?

Carlos Andrés era, naturalmente, antialfendista. El telegrama que envió Rómulo Betancourt a la viuda de Allende, dándole el pésame, a la vez que recordaba las diferencias políticas que le separaban del asesinado Presidente, era un modelo de hipocresía y de tacto. Sucede, sin embargo, que aun siendo la AD antialfendista, la sospecha de que la Democracia Cristiana intervino en el golpe chileno es un factor que los «adecos» no pueden desaprovechar. No olvidemos que COPEI es la Democracia Cristiana venezolana, contra la que «el hombre que camina» ha de luchar en las próximas elecciones. ¿No descubre acaso la participación de la Democracia Cristiana en el golpe chileno una debilidad «anti-democrática»?

La pirueta no ha sido fácil, pero cada cual ha salido del trance como ha podido. COPEI, declarando tres días de luto oficial por la caída de Allende, favoreciendo las numerosas manifestaciones de solidaridad con la Unidad Popular e impidiendo que los emisarios del general Pinochet explicaran en Caracas la necesidad y las razones del golpe militar. Carlos Andrés, lamentando ese golpe y convirtiéndolo en un argumento a favor de su «democracia con energía».

En cuanto a la izquierda, aunque los partidos se han mantenido en su campaña, es presumible que el número de votos nulos y de abstenciones aumente.

La izquierda

A la izquierda aparecen dos formaciones claras: el MAS-MIR y la Nueva Fuerza. Jovito Villalba, a quien antes me refería, se ha des-

gajado y pelea por su cuenta, prometiendo, para el caso de su impensable victoria, transformaciones que harán radicalmente felices a todos los venezolanos.

El MAS (Movimiento al Socialismo) es el partido nuevo. Escluido del partido comunista, tiene ya su personalidad propia, superado ampliamente el momento de la división. En sus filas milita buena parte de la juventud venezolana y es presumible que el número de votantes que obtenga su candidato, José Vicente —José Vicente Rangel—, sea muy alto en Caracas. No así en otras ciudades, donde el MAS, pese a los esfuerzos de sus dirigentes, suena todavía a partido de intelectuales, poco arraigado en las bases populares. Al MAS se ha sumado el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), partido que estuvo en la clandestinidad durante años, y otras formaciones de menor importancia. MAS-MIR encarnan una posición radical, que acude a las elecciones más con el ánimo de hacerse oír, de aprovechar la campaña para difundir su programa, que con esperanzas de victoria. A José Vicente, el candidato a la Presidencia por este bloque, pude hacerle una larga entrevista para TRIUNFO, lo que me exime ahora de insistir sobre el contenido de este movimiento.

El otro bloque socialista es el llamado Nueva Fuerza, que agrupa al PC y al MEP como partidos principales. Su candidato es Paz Galarra, que fue durante años secretario general de Acción Democrática. Durante algún tiempo se pensó que PC, MEP, MAS, MIR y URD podrían formar una verdadera Unidad Popular, a imagen de la chilena. Pero las disensiones eran profundas y el proyecto se pulverizó. José Vicente me hablaba de la necesidad de eludir pactos circunstanciales, que, pasadas las elecciones, se convierten, con victoria o

con derrota, en motivo de confusión. La tesis dominante es que la «unión electoral» debe ser la consecuencia de una coincidencia precedente, establecida en la lucha en los diversos frentes, y no un «pacto para la victoria en las urnas». De ser esto último, de silenciar las divergencias bajo la nominación de un solo candidato, el programa común se hace imposible o se queda en el papel. El hecho de que Paz Galarra fuera secretario de la AD cuando Rómulo Betancourt estaba en el poder no parece que haya favorecido tampoco la deseada unidad.

Y sin embargo, aun comprendidas y razonadas las causas de la división, es obvio que la frustración de la Unidad Popular duele —lo he oído en muchas manifestaciones— a amplios sectores de la izquierda. Muchos recuerdan, por ejemplo, las divisiones que favorecieron la caída de Torres en Bolivia. O la presencia de esas minorías ultras —que tampoco faltan en Venezuela— que dificultaron el Gobierno de Allende.

Volvamos a Neruda:

Ultras de izquierda y ultras
[de derecha,
duros de la derecha y de la iz-
quierda,
trabajan juntos en la misma
[brecha
para que la victoria conseguida
por un pueblo que lucha y que
[recuerda
(el cobre, el pueblo, la paz y la
[vida)

todo lo manden ellos a la
[mierda.

Y así están juntos en el mismo
[cielo
los locos de derecha y los lo-
[cuelos.

La memoria perdida

El perezjimenismo es un fenómeno que desespera a muchos venezolanos. «¿Cómo es posible —se preguntan— que no se acuerden de la represión sufrida, de las humillaciones impuestas por el dictador, de su violencia y su vacío?».

Otra vez Neruda:

Este sapo salido de la ciénaga
se dedicó a su propio presu-
[puesto:
por fuera, charreteras y medallas,
propiedades y dólares por den-
[tro,
este bravo militar sin guerras
se ascendió solo a grados sucu-
[entos.

El «adeco» Juan Bautista Rojas acaba de publicar un libro en el que, aparte de chismes, denuncia de escandalosos casos de enriquecimiento al arrimo de los puestos políticos y algún que otro paréntesis



DEJAR DE SER PARA SER

Es terrible pensar en la cantidad de años que se necesitan en España para llegar a ser joven. Años, y esfuerzos, y sinsabores. Y experiencias. Un gran parte de los españoles se quedan en el camino sin llegar nunca a alcanzar la juventud: se quedan en la vejez, en la senectud de los primeros años de su vida. Diríamos que aquí se empieza a nacer cuando ya se es bastante mayor. Las mujeres hablan de sus coetáneas llamándolas "niñas" y de sus adultos y a veces doctores pretendientes diciendo "ese chico". Para que a alguien se le llame "el joven escritor" o el "joven pintor" debe haber pasado la cuarentena. Por ejemplo, Joaquín Ruiz Giménez, ha necesitado tener once hijos y ocho nietos, haber estado preso y haber sido ministro para comenzar, ahora, un intento de juventud intelectual y política: todavía no se puede estar seguro de que lo conseguirá. Después de haber sido ministro de Educación Nacional tuvo que matricularse como estudiante de primero en la Escuela Oficial de Periodismo. (Son datos que recojo de las declaraciones que hace a la revista "Gentleman".)

No es un caso típico. Lo es más don José María Gil Robles, a quien leo en la misma revista. Le molesta el continuismo, pide cambios, pide una "democracia auténtica". Como si rectificase errores de cuando era viejo, en los años treinta. Porque Gil Robles, algunos lo recordarán, era viejísimo cuando era joven. Cuando presidía las viejísimas Juventudes de Acción Popular. Es curioso que pasen estas cosas en España. En otros países, a esas edades el ciudadano se asienta en el conservadurismo, y se le pone la calva de punta cuando oye pedir cambios políticos o estructurales. Aquí son los ancianos los que lo piden. Cabe preguntarse si no esta-

rán en realidad obedeciendo a la antiquísima máxima política: "Es preciso que todo cambie para que todo siga igual". Probablemente, el ejemplo más típico, más español, de la juventud alcanzada en la vejez es (y, desde luego, no comparo) el de don José María Pemán (leo sus declaraciones a "Pueblo", leo sus artículos, espero su libro). Diríamos que es travieso, revoltoso. ¿Cuántos años le ha costado? ¿Cuántas cargas pesadimas ha tenido que quitarse de encima o lo ha quitado de encima la vida, incluso contra su voluntad, para que haya podido ser joven?

Porque quizá lo que ocurra es que el español siempre tiene que ahogar al joven que lleva dentro, acallar, reprimirlo. Ser joven, aquí, es estar sobrecargado de vigilancias, de sospechas. Hasta de estadísticas penales. Ser joven resulta una cosa muy seria y, a veces, dramática. Para responder a la presión de la sociedad, el joven tiene casi siempre que guardarse su juventud en el bolsillo, con la esperanza de esgrimirla algún día. Decía Napoleón que sus soldados llevaban en la mochila el bastón de mariscal. Como se sabe —o como no se sabe— no era más que una atroz metáfora para llevarlos a la guerra: murieron a millones en las campañas y el bastón de mariscal, invisible, se enterró con ellos en las nieves de Rusia o en el desierto egipcio. Todo español tal vez lleve en su cartera de estudiante o en su bolsa de obrero la imagen del joven que es. Pero no podrá ser de verdad joven si antes no ha sido ministro, o si no ha sido gloria nacional. Y, sobre todo, si no ha dejado de ser algo, si no ha sido previamente viejo y tenido como tal, y ha dejado de serlo...

Pero quizá, entonces, sea ya demasiado tarde...

filosófico, recuerda los tiempos de persecuciones perezjimenistas. Da verdadero pánico y nos mete de lleno en los más altos niveles del terror y de la violencia. ¿Por qué, entonces, la vuelta del perezjimenismo? ¿Cómo puede un pueblo desembarazarse de un dictador, para otorgarle, diez años más tarde, como ocurrió en las elecciones del 68, un buen número de votos?

Ahora, en los prolegómenos electorales del 73, el tema de perezjimenismo ha vuelto a la actualidad. La campaña de sus partidarios es firme y ostentosa. En cualquier rincón de Venezuela puede leerse una invitación a votar por la Cruzada Cívica Nacional, con la cabeza del viejo dictador junto a la de un indio, emblema de la Cruzada. Los partidos, por su lado, parecen atentos a las vacilaciones del ex general para intentar arrebatarse sus seguidores. Toda la prensa, en fin, ha dedicado amplio espacio a los viajes de Pedro Tinoco, el desarrollista —su «slogan»: «Aquí, lo que hace falta es autoridad», y del general García Villasmil —el «general del pueblo», según su campaña— a Madrid para reunirse con Pérez Jiménez en busca de una unidad entre los grupos de extrema derecha. Cuando escribo esta crónica, la confusión en torno a este punto es manifiesta. Pareció por un momento que la solución era doña Flor, la esposa de Pérez Jiménez. Los anuncios —con clara reminiscencia de las elecciones argentinas que ganó Héctor Cámpora— decían: «Doña Flor, a la Presidencia; Marcos Pérez Jiménez, al poder». Luego los dirigentes perezjimenistas aseguraron que esa había sido una maniobra estratégica para mantener unidos a los votantes hasta la formulación de la candidatura definitiva, toda vez que la del ex dictador no puede postularse. De Madrid llegó una última declaración diciendo que Pérez Jiménez aconsejaba el voto nulo. ¿Qué hacer, entonces, con esa nutrida invitación a votar por la Cruzada? ¿En qué opereta encuadrar los viajes a Madrid de los hombres de la derecha venezolana y el anuncio de inminentes acuerdos? Quizá el pleito no está acabado y antes del 9 de diciembre Pérez Jiménez diga a quién han de votar sus seguidores.

Acaso —y de esto me habló también José Vicente en la entrevista— sea necesario separar a Pérez Jiménez del perezjimenismo. El primero es, sobre todo para la burguesía liberal, para los intelectuales y militantes de izquierda, el rostro de la represión y del fascismo. El segundo, a nivel de las clases populares, es el recuerdo de un tiempo en el que se realizaron obras públicas, aumentaron los puestos de trabajo, mejoró el nivel material de vida en algunos sectores. ¿Qué importaba la ausencia de libertades políticas? ¿Para

qué las quiere quien no puede comer? La mayor parte de los perezjimenistas ni echaron de menos esas libertades ni, salvo el hecho de votar, las disfrutaron ahora. De ahí que en el perezjimenismo militen una serie de fuerzas a las que difícilmente podríamos calificar de fascistas. Algunas lo son, pero otras podrían, por ejemplo, ser ganadas por el socialismo. Lo que implica la delicadeza con que manejan el perezjimenismo muchos que no respetan la figura de Pérez Jiménez.

El fenómeno podría compararse con el de Rojas Pinilla en Colombia, cuyo populismo le granjeó la adhesión de ciertos sectores humildes, que lo tomaron por un hombre capaz de enfrentarse a los clásicos partidos de la burguesía.

En Caracas, la vuelta de Pérez Jiménez parece imposible, aun cuando se tome muy en serio el valor del perezjimenismo como realidad política.

¿Quién vencerá?

La riqueza petrolera confiere a Venezuela un papel especial. USA necesita ese petróleo, y es casi inimaginable la estabilidad de un régimen de izquierda, a la vista de lo que está ocurriendo en Latinoamérica. En todo caso, esa victoria de la izquierda en las urnas es poco menos que imposible. La izquierda anda dividida en tres bloques: MAS-MIR, Nueva Fuerza y los que optarán por el voto nulo como negación del sistema. La batalla parece entablada entre COPEI y la AD, que representan, con sus matices propios, a la burguesía venezolana. Cualquiera de estos dos partidos debe ganar, dejando al MAS-MIR en tercer puesto. El pronóstico es tan firme al respecto, que he oído decir a más de un socialista que votará por COPEI para contribuir a que los «adecos» no vuelvan al poder.

Candidatos como Jovito Villalba, Burelli o Segnini de la Cruz —el número de candidatos rebasa la decena— no tienen ninguna posibilidad. Como tampoco la tiene Paz Gallarraga, pese a los discursos en los que se ve ya en el Palacio Presidencial de Miraflores.

Américo Montero, actor, protagonista de «El siervo de Dios» en cine, radio y televisión, es el que, por ahora, ha ido más lejos en la profecía sobre lo que sucederá el 9 de diciembre. Mientras las encuestas hablan de una pugna entre COPEI y AD, que resolverán los votos aún indecisos, Américo Montero señala que una revelación divina le permite afirmar que Lorenzo Fernández tendrá dos millones de votos más que su rival inmediato. Y es que, a fin de cuentas, Lorenzo es el candidato de la Democracia Cristiana. ■ J. M. Caracas, octubre de 1973.

POZUELO